

terres principales del imperio austriaco, así como de los factores múltiples, que han llegado á ser sus componentes diversos. En ningún otro de los fenómenos sociales, que se presentan á una en la creación de los pueblos y naciones, vése tan claro, como en este, la diferencia patentísima entre lo puramente mecánico y lo verdaderamente orgánico. Austria suma fuerzas; pero tales fuerzas sumadas no componen un organismo.

Hablemos, pues, del Austria. En realidad el emperador Maximiliano constituyó la unidad, posible por aquella sazón, del imperio austriaco, á comienzos del siglo décimo sexto, y el emperador Carlos V lo sujetó más tarde al derecho y principio hereditario. Rey aquél de romanos el año 86, archiduque de Austria el año 93, conde del Tirol y landgrave de Alsacia el año 96 en la décima quinta centuria, heredero de Gratz al comenzarse la décima sexta, y emperador de Alemania en el octavo año de esta última, constituyó esa informe suma de varios Estados, muy unidos todavía bajo sus descendientes, pero muy separada entre sí. A todos estos factores agregáronse bien pronto Bohemia dentro del imperio, y fuera del imperio Hungría, las dos naciones, constituida hoy una en su independencia casi completa la nación húngara, y pugnando la otra por imitar y por seguir á ésta, pugnando en tal sentido con pujanza y tenacidad la nación bohemia. Por Bohemia y Hungría fué Austria un Estado verdaderamente oriental; como por Flandes, unida más tarde á sus dominios, un Estado verdaderamente occidental. Pero esta inmensa extensión le dañaba para lo más necesario á su vida y al desarrollo de su vida, para la constitución de su indispensable unidad. Mientras Francia, Inglaterra, España, constituyeron en el siglo decimo sexto sus Estados únicos, Austria no pudo constituirlo, impidiendo también la unidad de Italia con su tutela sobre Roma y la unidad de Alemania con su feudal imperio. Bohemia y Hungría se vieron unidas con Austria, y de Austria separadas en mil diversos cambios de aquellos procelosos tiempos, henchidos con intensas tempestades, y en mil diversos sacudimientos de aquellas tierras, atravesadas por los terremotos feudales. La unión de Bohemia y Hungría con Austria se debió á los turcos y á sus victorias. Dominadores por su pujanza estos de todo el Oriente, halláronse muy próximos á ceñirse las dos coronas de Bohemia y de Hungría, cual se ceñieran las coronas de Bulgaria, Servia y Valaquia. En el año 26 de la décima sexta centuria, roto el rey Juan de Bohemia y de Hungría en los campos de Molsacz, y temiendo que to-

dos sus súbditos pasaran al imperio vencedor, cedió su regia corona en tan grave apuro al Infante de Castilla Don Fernando, hermano del emperador Carlos V, para que así los defendiese con su pujanza este gran emperador é hiciera retroceder la inundación otomana. Mayor importancia consiguió aún en los destinos europeos el aditamento al Austria de Hungría. Descendiente de mongoles también esta última nación, como sus hermanos los turcos, arrestóse con gloria contra ellos, desoyendo la voz de su propia sangre, y escuchando solamente la voz de su religión. Amortiguada la fe ahora, y sugerido por los progresos científicos de nuestro tiempo un sentimiento de raza, ignorado en otros días, el húngaro siente fraternidad íntima con el turco, turanio, cual él mismo, y deplora no haber por aquellos apartados siglos puéstose de acuerdo con él, para destruir y aplastar á sus comunes enemigos, los odiados esclavones. Así, el mayor aliado, con que Turquía cuenta hoy en el mundo, es, á no dudarlo, el pueblo puramente magyar, como el pueblo magyar es también el mayor enemigo de Rusia. Impórtanle poco á Hungría los muchos intereses austriacos, de antiguo comprometidos contra los turcos, y empeñados en arrancar á estos la formidable Salónica. El húngaro sólo pide al austriaco el auxilio necesario para tener á raya tanta gente de raza esclavona como hay concitada en contra suya. Y dando la desaparición de los turcos en el Oriente nuestro incalculable predominio á los eslavos, Hungría se opone con todas sus fuerzas á tal suceso, y mantiene con todos sus votos y con todos sus deseos la media luna sobre la Basílica de Justiniano, sobre la capital de Constantino. En otras edades humanas de mayor fe y de más religión, la complicidad manifiesta de un pueblo cristiano con el imperio musulmático estrellárase de seguro contra la conciencia popular. Mas hoy, en el estado, á que han venido los espíritus, predominan mucho los intereses políticos sobre los intereses religiosos; y en virtud, ó por obra, de semejante predominio, el húngaro se opondrá siempre á que den los Austrias cuenta de Turquía. Por estas originales combinaciones, á primera vista inexplicables, y por esta contradicción patentísima, sucede que grandes entidades, como Turquía, condenadas por la conciencia universal, y disueltas en el movimiento de los hechos, duren y perduren contra los afectos y los pensamientos más íntimos de la opinión universal.

Hungría no ha estado nunca unida con Austria. En los tiempos de su grandiosa cruzada contra los turcos, una parte de su territorio lo poseían

estos, y otra parte se hallaba en poder de los valacos y de los croatas. Por tal razón, siempre que lo ha podido Hungría, se ha separado totalmente del imperio austriaco. Allá por el año 48, la separación se mantuvo con varia fortuna, pero con igual esfuerzo y gloria. Los poetas más ilustres, los héroes más sublimados, los oradores más oídos, todo cuanto vivía en aquel territorio la vida superior del espíritu, se adhirió á la independencia y pugnó por establecerlas y arraigarlas definitivamente. Yo recuerdo que la causa de Hungría me interesaba en mi lejana infancia como pudiera interesarme la causa de Italia, y que seguía con tal ansiedad los pasos de Kossuth por las orillas del Danubio, como pudiera seguir los pasos de Garibaldi por las orillas del Tíber, los pasos de Manin por las orillas del Adriático, los pasos de Guerazzi por las orillas del Arno, los pasos de Lamartine por las orillas del Sena. Se necesitó la reacción extrema y universal que nos envolvió á todos con sus sombras; el poder incontrastrable de Rusia ejercido por mano tan férrea como la mano de Nicolás I; el horrible furor de los crueles y sanguinarios croatas para sepultar de nuevo á Hungría en su fosa. Mas no sepultaron sus nobles aspiraciones. En cuanto Austria saliera de la confederación germánica por su rota de Sadowa, Hungría pidió toda la independencia compatible con el sér y naturaleza del imperio austriaco, á cuya suerte se halla por mil apretadísimos lazos estrechamente unida. La edad antigua del heroísmo, condensada en la revolución del 48, había pasado, y sobrevenido tras ella otra edad más práctica, en que prevalecían sobre las inspiraciones sublimes la reflexión madura. Deak llevó el espíritu de conciliación hasta el extremo de idear un pacto práctico entre la forma imperial y la patria libre. Hombres como Andrassy, antiguos héroes de la independencia nacional, que habían peleado en los viejos combates, y caído en la común desgracia, se unieron á la transacción. Y encontraron repúblicos de tan perspicuo entendimiento y de tan maduro juicio, como el ministro que lleva hoy la pesadumbre de tal política sobre sus hombros como el habilísimo Taafe. Tal régimen ha tomado el nombre de dualismo. Pero no deja de tener inconvenientes así en Austria como en Hungría. Compuesto el territorio colocado en la corona de San Esteban por tierras de carácter eslavo, rutheno, y hasta sajón ó alemán, estas tienden á separación idéntica en el fondo con la recabada por sus hábiles y sabios dominadores. Y como quiera que no haya logrado el imperio austriaco por su parte la necesaria unificación, todos los

Estados, en sus aglomeraciones inorgánicas, parecen movidos por fuerzas completamente centrífugas que los apartan del Austria. El Tirol se siente atraído por Italia y mientras no puede cumplir este destino en consonancia y armonía con su vocación, hace cuanto puede por no parecer una provincia simplemente de Austria. La Bohemia eslava lucha con los alemanes dentro y fuera de sus límites propios, como si datara de ayer, y no de siglos, su íntima unión nacional con Austria. La Galitzia, desprendida del antiguo Estado polonés, tiende con tendencias tenaces también á ensanchar su autonomía, recabando patria municipal, ya que un destino adverso la condenara tristemente á carecer de patria nacional. La Bosnia y la Herzegowina, separadas del imperio mongol y unidas al imperio austriaco, se componen de unos enemigos tan implacables del Austria como turcos y esclavones. Luégo tiene las costas dorias y dálmatas, donde iban los romanos del antiguo imperio á cazar sus siervos, y donde por tanto tiempo lucharon la República de Venecia y el gran Turco, todas ellas de muy difícil asimilación, y muy perplejas entre los diversos elementos que las apartan de Austria y las atraen á sí con soberano empuje. Una situación de suyo tan complicada y difícil, suscita mil problemas, tras cuyos fatídicos términos relampaguea con siniestros fulgores la guerra continental.

## VI

Bien es verdad que no puede hallarse tranquila esta Europa, trabajada por un elemento ¡ay! tan corruptor como el imperio turco, de cuyas descomposiciones á diario se levantan nubes de miasmas destinadas á emponzoñar con vapores de guerra el aire vital en que respiramos y la vida misma de que vivimos. En la división de los dos imperios, el de Oriente y el de Occidente, salvóse por un milagro aquél de las irrupciones germánicas. Los bárbaros pasaron por sus horizontes como nubes fugaces, destinadas á oscurecer otros horizontes. Pero cuando ya, en todo el mundo europeo, se había realizado la fusión de los elementos germánicos y los elementos celtas y romanos, una raza mongólica, la cual había caído sobre Jerusalén allá por el siglo décimo tercio, invade audaz el imperio de Oriente. Mongoles de suyo los magyares, casi mongoles de suyo también los búlgaros, habíanse aligado á los arios tanto de la Esclavonia como de la Grecia, por creer en